

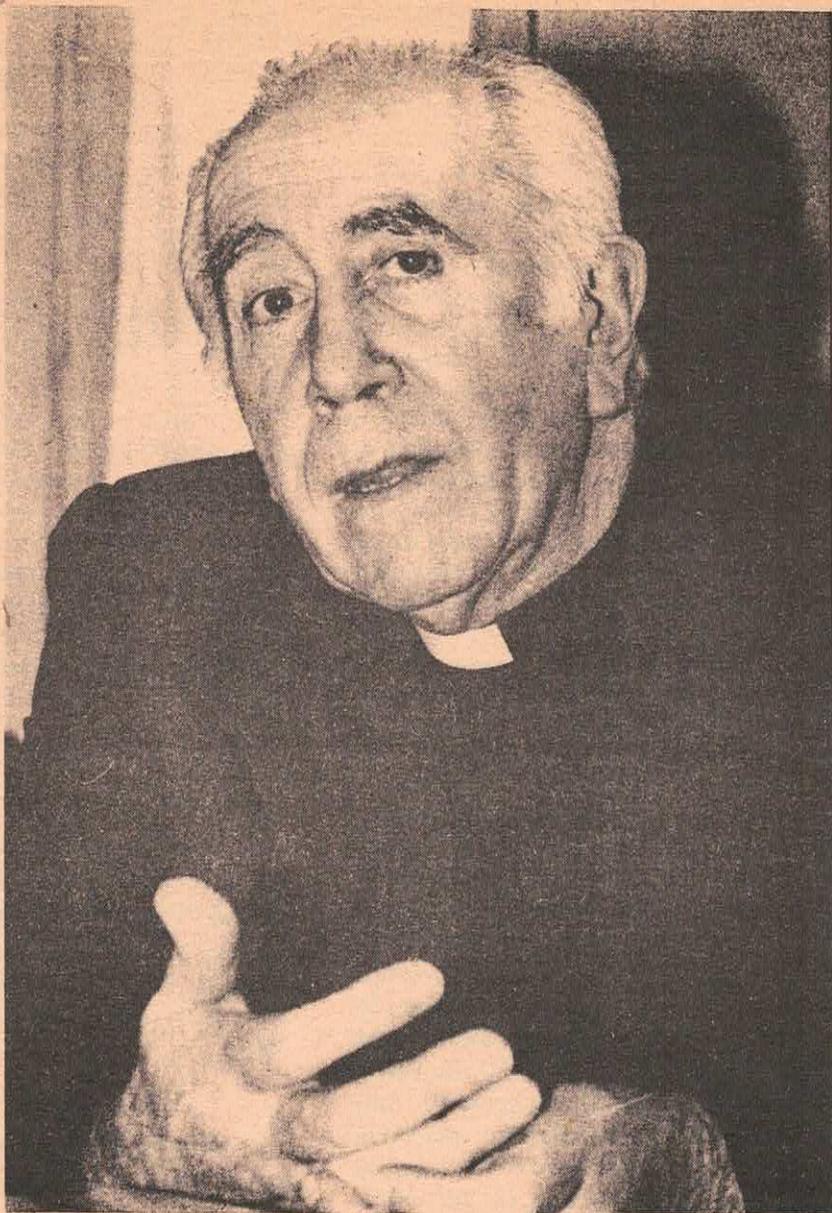
MONSEÑOR Carlos González Cruchaga

117

Presidente de la Conferencia Episcopal

“No se puede aceptar la impunidad”

FUNDACION C.R.A.T.
Biblioteca



“En momentos de crisis se acuerdan de nosotros y cuando ya pasó, nos olvidan”.

Su alta y delgada figura impresionan a primera vista. Su hablar suave puede prestarse a confusiones: alguien apresurado podría decir que monseñor es "blando". De inmediato se destacan sus ojos vivaces, inteligentes, que fijan la mirada, escrutan y luego dan alas para soltarse y confiar. Y allí, justo en ese momento, monseñor dice su verdad, sin ambages, sin más, con una enorme sonrisa en el rostro y sin aflojar la mirada. Y sólo entonces uno entiende por qué el presidente de la Conferencia Episcopal, obispo Carlos González Cruchaga, tiene fama de "bruto".

Uno se lo imagina fácilmente corriendo libre por los campos familiares, aquellos donde nació en 1921 y de donde sólo saldría a los 17 años para vestir la sotana. Allí, en la tierra de su abuelo, el mismo que llegó a ser presidente del Banco de Chile y Presidente del Partido Conservador, y de la mano de su padre, Guillermo González Echeñique, agricultor, abogado, periodista y político, Carlos González aprendió del mundo, de Dios, de la libertad y de la dignidad. Y también aprendió a conocer a quienes serían su preocupación constante de toda la vida; los campesinos pobres.

Se inició como sacerdote en Renca y allí cambió los campesinos por los obreros. Luego estaría en la Juventud Obrera Católica y más tarde sería rector del Seminario Mayor en Santiago. Algunos políticos le conocieron allí cuando Carlos González, sin introducción previa, los persuadió de abandonar la sotana por carecer de aptitudes. A su dirigido Carlos Camus, en cambio, lo ayudó a consolidar su vocación. Allí nacería entre los dos hombres una estrecha amistad que perdura hasta hoy.

En 1967, su mejor amigo, el obispo José Manuel Santos, lo ungió obispo de Talca. Eran los tiempos de la generación de los cambios, un mundo de cristianos que hacía su opción por los pobres y Carlos González fue un protagonista de la historia. Si Rodrigo Ambrosio viviera, tendría tanta admiración y devoción por monseñor González, como la que tiene hoy su inseparable amigo Enrique Correa, Secretario General de Gobierno.

Pero no hay que confundirse. Este obispo no hace distinciones políticas. El no es un arriero, es un pastor. Diría hace algún tiempo: "El pastor es el que va adelante, busca caminos, la mejor agua, el mejor pasto, por los vientos logra encontrar por dónde llevar el rebaño que se le confió". Y a él se le confió un rebaño en un momento clave para Chile: 1987, cuando fuera elegido Presidente de la Conferencia Episcopal. El obispo Carlos González Cruchaga se apronta a cumplir 70 años y sigue abriendo caminos, esta vez el del perdón para la paz duradera. El mayor desafío del pastor.

— Cuando Chile vivía en dictadura usted decía que los obispos estaban sobrevalorados porque tenían que asumir un rol de voceros en ausencia de las fuerzas políticas. Hoy los partidos políticos recuperaron su espacio estelar ...

— ¡Gracias a Dios! ...

— Y pareciera que ahora los políticos se olvidaron de los obispos.

— Los obispos estamos en un proceso interior de reubicación. Un proceso lento. Estamos hablando mucho menos que antes. Creo que es el tiempo de

mirar con mucha atención y calma por dónde podemos ayudar. Estamos más dedicados a labores internas, propias nuestras y no en un plano socio-político llamado malamente contingente.

—¿Les cuesta adaptarse a este cambio después de muchos años en el espacio estelar?

—A mí no me cuesta y no creo que le cueste a ninguno de nosotros.

—¿No cree usted que la situación es muy delicada y que se necesita aún la voz de los obispos?

—Sí, claro que es importante, pero en otro estilo: más sencillo, más testimonial, no con declaraciones sensacionales.

—Antes, cuando los obispos decían una opinión, eran escuchados de inmediato. Hoy pareciera que ni siquiera se acuerdan de pedirles su parecer.

—Es normal que así sea. En momentos de crisis se acuerdan de nosotros y cuando ya pasó la crisis nos olvidan. Y viene otra crisis y nos buscan.

—¿Son como las Fuerzas Armadas?

—¡No! Hay una definición del cura que es muy buena: el cura es un puente que se utiliza y que se olvida. ¿Es dura no? Pertenece a Paul Claudel.

—Eso es muy fuerte de aceptar hasta para ustedes que también tienen su cuota de vanidad.

—Pero por supuesto, pero tenemos que aprender que no es buena la vanidad. Hay que domesticarla y saberla llevar.

—En 1987 usted dijo: "La gran crisis nuestra (de Chile) es una crisis de esperanza". ¿Dónde está la esperanza hoy? ¿Sigue perdida?

—La esperanza renació después del plebiscito. Pero, la esperanza siempre es frágil. Ella vive apoyada en dos muletas: la fe y la caridad. De las tres virtudes la esperanza es la más frágil. Este país quedó muy esperanzado el año pasado y ahora tiene menos esperanza. La gente ve que las cosas no son rápidas: están los problemas de la salud, de los profesores, los problemas habitacionales, de desempleo, de inseguridad. La juventud no ve que le arreglen los problemas. Entonces, esta esperanza tan frágil hay que cuidarla mucho.

—Pareciera que ustedes tienen hoy más tiempo para mirar y escuchar. ¿Cómo ha visto la realidad en su zona: Talca?

—Es una situación tremendamente difícil. Es la zona del país que tiene más cesantía. Los datos oficiales dicen que un quince por ciento... lo real es un poquito más. Estamos en los meses azules, de junio hasta octubre, entre cosecha y cosecha. Este año los meses azules han sido más duros que el año pasado por la sequía, la cesantía, las deudas de los agricultores que no han sido repactadas. La situación es muy tensa. Después de tres años de sequía y cuando se tiene que llegar a matar a los animales... Lo que más influye para que la situación sea tensa es que no se ven soluciones a corto plazo.

—¿Cuál es la actitud de la gente ante esta situación? ¿Esperar o presionar?

—Esperar, resignarse. Todavía no 3

hemos entrado a la etapa de presionar. La gente está escuchando las promesas de arreglar la situación. Se puede producir una cosa que es muy compleja: la desilusión. Y es allí donde peligró la esperanza. Pero yo soy optimista. Ya están floreciendo los aromos, tengo una gran confianza, una gran alegría de vivir.

—Al igual que los obispos, pareciera que los campesinos también son parte de los innostrados.

—También pues. Pero los campesinos se están organizando en asociaciones gremiales. Es un proceso muy interesante que viene arrastrándose desde hace cuatro o cinco años y que ahora tomó un gran impulso. Algunas de estas organizaciones están politizadas y otras no. La Iglesia también está metida en eso y trata de no estar politizada.

“Es un movimiento de campesinos y dirigido por campesinos. No lo está llevando gente del exterior. Es un elemento nuevo de esta democracia que está agarrando vuelo. Tiene futuro”.

LONQUEN: EL CORTE CON EL REGIMEN

—Quisiera llevarlo al pasado: en agosto de 1976 usted viajó a Ecuador a una reunión de obispos. A su regreso, en Pudahuel, junto a otros dos obispos chilenos, fue agredido por una turba. Mirando ese hecho a la distancia: ¿no era un síntoma de descomposición muy grande?

—Fue un grupo de gente fanatizada que obedeció órdenes, gente del lumpen. Los ejecutantes eran lumpen y los cerebros eran de la CNI. Fue muy penoso pero no tanto por mí. Un her-

mano mío fue golpeado en la cabeza, estuvo como una semana más o menos embromado. A mi cuñado, que es cirujano, casi le quebraron un dedo, lo que habría sido tremendo para él. Trataron de golpearnos en un actitud no sana.

—Obispos golpeados en Chile a plena luz del día. ¿Qué sucedía en Chile en 1976? ¿Nos estábamos volviendo locos?

—¿Qué quiere que le diga? Es un hecho lamentable, penoso, gravísimo. Cuando el gobierno nos convidó a almorzar, nosotros creímos que era para llegar a algún arreglo. Le dijimos que tal como se habían difundido los hechos por la televisión, nos permitieran dar una conferencia en el mismo medio en la cual explicaríamos nuestra verdad. Les dijimos que si querían revisaran antes los textos. El general Pinochet respondió que lo iba a pensar y todavía lo está pensando.

—¿Ustedes no insistieron?

—No, nunca más.

—¿Se sintió humillado?

—No insistí. Eso se llama realismo.

—Esos cortocircuitos fueron creando una incomunicación entre la Iglesia Católica y el régimen militar. Evelyn Matthei dijo recientemente que la Iglesia falló al asumir una actitud antagónica ya que eso la hizo menos eficiente para detener excesos, ¿qué opina usted?

—Llega un momento en que se produce un bloqueo. Tal vez por prejuicios de ambas partes. Creo que todos tenemos culpa en esto. No creo en la inocencia absoluta de un lado o del otro. En esto hubo errores,

apasionamientos. Es muy difícil todavía juzgar los acontecimientos.

—¿Cree usted que la Iglesia Católica ha evaluado bien los errores que cometió en estos años?

—No, todavía no. Hay que darse tiempo. Es un error juzgar las cosas del pasado sobre calientito. Están todos los protagonistas presentes con sus prejuicios. Es mejor saber esperar.

—Los hallazgos de osamentas en diferentes puntos han conmovido al país. ¿Creyó usted que la verdad era de esta magnitud?

—Sí. No me sorprendió. El país no sabía, pero algunas personas sí sabíamos que había un tremendo problema que tarde o temprano se iba a destapar, porque la verdad no puede estar oculta. La verdad siempre emerge.

“Pudo haber sido mayor el costo. La Iglesia hizo un trabajo muy hermoso en ese sentido que creo se reconoce. Yo traté de hacer todo lo que pude hasta cierta época en que se produjo un corte intenso con las autoridades de gobierno. Eso ocurrió cuando se supo lo de Lonquén. Yo traté de arreglar lo de Lonquén, conversar con quien se debía conversar y me encontré con una muralla totalmente cerrada. Después, no tuve más contacto”.

—La mayoría del grupo dirigente del régimen militar eran hombres que se dicen muy católicos y respetuosos de su Iglesia. ¿No le impresiona que la Iglesia no fuera escuchada, que no llegara?

—No llegó. No pudimos o no supimos, pero algo pasó. Yo lo atribuyo a que hay dos concepciones dis-

tintas de las cosas. El militar tiene un esquema mental que nunca va a ser un esquema eclesiástico. Ellos viven en la tragedia, viven pensando en la guerra.

—¿Y para qué están entonces los vicarios castrenses?

—Se identifican con ese esquema. Sin quererlo se van en cierto grado mimetizando. Allí los puentes se debilitan y lo importante es tratar de que no se corten del todo.

“HE CONVERSADO CON TORTURADORES”

—En Talca se van a exhumar los restos de tres campesinos fusilados el 3 de octubre de 1973. ¿La ubicación exacta del sitio del entierro salió del Obispado?

—Tuve bastante que ver.

—Usted fue el primer obispo que excomulgó a torturadores. ¿Cree que la medida sirvió? ¿Ha conversado con alguno de ellos?

—Sí, lo he hecho. Porque aunque declaren que la medida no les importa, la verdad es que sí les importa y mucho. Y cuando les llega el momento de ser padrinos de bautismo, de confirmación, del matrimonio de la hija, el hombre se dice: ¿“Qué hago? ¿Quedará inválido el matrimonio de mi hija?”. Y ahí se da cuenta uno que la medida sirvió. No me arrepiento en absoluto de haberlo hecho.

—¿Cree usted que esa gente está en proceso de recuperación?

—Así es y es un proceso realmente extraordinario. Hay gente que ha dado pasos muy lindos de búsqueda, de acer-

carse a la Iglesia. Yo soy amigo de algunos de ellos ahora. Hay un caso muy interesante: un torturador convencido de que estaba haciendo lo mejor posible para el país. Somos muy buenos amigos. No pensamos igual...

—¿Qué puntos de encuentros tiene usted con ese hombre?

—La fe.

—Hoy se habla mucho de las víctimas de las violaciones a los derechos humanos. Pero los victimarios son también bastantes. ¿Qué se hace para reabilitarlos?

—Este problema tiene tres etapas; verdad, justicia y educación para el perdón.

“La parte verdad creo que está bastante clarificada. No quedan grandes cementerios, quedan los crímenes importantes como el de los degollados. Está en la conciencia del país la verdad de lo que ha pasado. La parte justicia es la más débil porque no se puede aceptar la impunidad. ¿Cómo hacer justicia sin pruebas, sin herramientas?”

—Perdón, pero pruebas hay, están por miles en los propios tribunales de justicia. El problema es que hay una Ley de Amnistía que impide investigar y hacer justicia.

—Yo sostengo que la Ley de Amnistía cabe para los crímenes de lesa humanidad. Eso no lo digo yo sino que lo dicen los juristas. Cuando una persona es fusilada sin causa, sin proceso, sin razón, por equivocación, no corresponde la amnistía.

6 —¿Y lo que corresponde es investigar?

—Exactamente y hacer justicia a través de los tribunales ordinarios.

—¿Qué significa para usted hacer justicia?

—Dos cosas: reparar el daño y también reconstituir al autor del delito. No basta con decir aquí pasó esto y este señor merece esta pena. La justicia superior es también lograr rescatar al hechor.

—¿Cómo se podría lograr esto en la actual situación?

—El hechor tendría que reconocer en alguna forma lo que hizo. Hasta ahora eso no se ha producido. Ahí está el gran punto difícil del problema. Tiene que haber un paso mínimo de arrepentimiento, de reconocimiento de lo que hicieron.

—¿Para que se produzca el perdón?

—El perdón requiere que la otra parte pida perdón. Quizás no explícitamente pero que la otra persona haga gestos sin los cuales no puede producirse el perdón.

—¿No cree usted que allí está precisamente la ayuda principal que puede entregar la Iglesia en este período?

—Yo lo creo así también. Por eso quiero escribir sobre la “Educación para el perdón”. El perdón es voluntario, no se puede imponer, no puede ser forzado, tiene que salir del corazón. Es un proceso lento en las personas, que requiere de mucho diálogo, contacto. Es un trabajo difícil.

—¿Cómo empieza a encarar este nuevo desafío?

—Pongamos como ejemplo el hallazgo en Talca de estos días. Esa información me llegó de un testigo que estuvo en los fusilamientos. Esa persona está arrepentida. Lo reconoce y ya con eso gana mucho. La gente sabe la verdad, la justicia..., en eso estamos y el perdón va a llegar solo.

—Si es tan importante hacer justicia. ¿No cree que los obispos podrían acercarse a los miembros de la Corte Suprema para que cambiaran su actitud?

—Por eso quiero escribir sobre cómo sería el camino al perdón. Como paso previo al perdón está la justicia. Ahora si no hay justicia no hay paz. Ese es el lío. Si nos quedamos con la impunidad, no salimos.

—¿Por qué no hay salida sin justicia?

—Porque queda el resentimiento dentro de las personas. Queda la amargura, el rencor, el odio, la incertidumbre y esas cosas no traen paz. Cuando la gente vive con la duda, con todas esas cosas que ya mencioné no hay paz.

—Le insisto, ¿qué pasos pueden dar los obispos hacia los miembros del Poder Judicial para que ellos entiendan que tienen en sus manos un pedazo de historia de este país?

—Es suficiente con lo que se dice públicamente. No es tarea nuestra ir a hablar con los jueces. Es tarea del Poder Ejecutivo y también está la conciencia de la gente. En estos momentos los tribunales ordinarios están colaborando maravillosamente bien en ayudar en todo este proceso de búsqueda de los detenidos y ejecutados. Están haciéndolo con sacrificio.

—¿Cómo explicaría más en detalle su propuesta: "Educar para el perdón"?

—Sólo el perdón supera la lógica de la guerra y permite construir la paz. Estamos entrampados en un asunto de guerra, no física pero sí ideológica. La guerra es para ganarla y el perdón no es para ganar. La única lógica que puede romper la lógica bélica es la lógica del perdón. Eso presupone reconocimiento por parte de los culpables y germen de arrepentimiento. Lo terrible es cuando el odio se apodera de la justicia porque el odio termina comiéndola, dominándola. Hay que librarse del odio. Es un gesto básico de valor, pero es un ejercicio de conversión, algo voluntario que no se puede imponer.

—¿Cree usted que a los militares les es fácil pedir perdón?

—Yo creo que puede que les cueste, pero no tanto. Son excelentes padres de familia, tienen familias bien constituidas, tienen valores.

“Acompañé a Germán Castro cuando lo fusilaron”

—¿Cómo vivió el 11 de Septiembre de 1973?

—Lo viví en Bélgica. Estaba en un congreso que comenzaba al día siguiente. Yo me alojaba en casa de unos amigos y en la mañana me dice el dueño de casa: “Acaba de morir Allende”. Se me produjo una cosa muy extraña y tomé el primer avión que me trajera a Chile. Pero llegué sólo hasta Buenos Aires y allí tuve que esperar cuatro días. Esperamos con el obispo Manuel Sánchez y logramos con el primer avión que pasó, en el que iba la Selección Chilena de Fútbol, llegar a Chile por ahí por el 19 ó 20 de septiembre.

—¿Se fue directo a su diócesis: Talca?

Sí. Y allí me tocó atender al intendente socialista Germán Castro. Me tocó avisarle a las nueve de la noche que lo iban a fusilar.

—¿Se conformó con avisarle sin hacer nada por intentar detener esa muerte?

—Llegó la orden de fusilarlo y no hallaban como decírselo. Me ofrecí para hacerlo. Pensé que era más suave que lo hiciera yo y me fui a la cárcel. Desde las nueve hasta las doce de la noche estuvimos conversando. Mi gran duda era qué grado de fe tenía Germán Castro. Gracias a Dios tenía fe. Le di el sacramento y logré que le sacaran las esposas para que escribiera una carta a su señora y a sus hijos y, después, lo acompañé al fusilamiento.

—¿Por qué lo fusilaron?

Por orden superior. Nunca pregunté. Yo no tenía nada que hacer, la orden venía de Santiago. Germán Castro había huido a la cordillera, habían muerto dos personas. Una situación complicada.

—¿Cómo murió Germán Castro?

—El murió en paz. Un hombre muy sereno, muy valiente.

—Su mejor amigo era monseñor Santos. El no está en Chile desde ya hace un tiempo. ¿No le ha hecho falta?

—Sí, somos muy amigos. Lo he echado de menos, pero vuelve ahora en septiembre y se va a vivir a San Fernando, cerca mío.

—¿No reemplazó esa entrañable amistad por la de monseñor Carlos Camus, obispo de Linares?

—Son relaciones distintas. Con Santos somos casi contemporáneos. Trabajamos casi siempre juntos, en la Acción Católica Universitaria, en el mundo obrero. Cuando él era obispo yo le ayudaba en Valdivia, iba los veranos con los trabajos universitarios a las fábricas. A Carlos Camus lo recibí en el Seminario y fui su director espiritual todos los años del seminario. Somos muy amigos pero es otra relación, diferente. Siempre lo he acompañado a Carlos, muy de cerca.

—Dicen que el obispo Manuel Larraín, su antecesor en Talca, le pidió que le dijera el momento en que debía renunciar. Dicen que lo escogió porque usted era muy bruto. ¿Sigue siéndolo monseñor?

(Se ríe a grandes carcajadas). Creo que no, espero que no. Me he suavizado mucho con los años. El arranque instintivo sería decir las cosas tal cual, pero uno se da cuenta que no hace bien. Hay que ver a quien se le dice, cómo se le dice y así uno va cambiando las cosas. No es que transe con la verdad pero se logra ser más receptible.

—¿Le ha pedido a alguien que le diga que le llegó la hora de retirarse?

Lo he hecho. Se lo he pedido a algunos amigos: obispos y no obispos.

